

María Rosa Lojo

UNA MUJER DE
FIN DE SIGLO
Novela

Edición
Malva E. Filer

© - STOCKCERO - ©

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	VII
<i>María Rosa Lojo</i>	
<i>Una mujer de fin de siglo</i>	
OBRAS DE MARÍA ROSA LOJO. BIBLIOGRAFÍA SELECTA.	XV
<i>Libros</i>	
<i>Artículos</i>	
<i>Obras de Eduarda Mansilla</i>	
UNA MUJER DE FIN DE SIGLO	
UMBRAL	I
1860	
I	7
II	13
III	18
IV	24
V	28
VI	32
VII	36
VIII	41
IX	44
X	50
XI	55
XII	59
XIII	65
1880	
I	73
II	75
III	79
IV	85
V	88
VI	93

VII	98
VIII	105
IX	109
X	111
XI	116
XII	121
XIII	129
XIV	132
XV	137
XVI	140
XVII.....	145
XVIII.....	150
XIX	155
1900	
I	159
II	165
III	168
IV	175
V	178
VI	181
VII	184
VIII	188

INTRODUCCIÓN

MARÍA ROSA LOJO

Nacida en Buenos Aires en 1954, María Rosa Lojo es hija de exiliados españoles llegados a la Argentina tras la Guerra Civil. Tanto su origen gallego por vía paterna, como el trauma familiar del exilio, marcaron la vida y la obra de la futura escritora. En «Mínima autobiografía de una “exiliada hija”», una contribución al volumen sobre el exilio español republicano de 1939 publicada por la Universidad de Lérida,¹ Lojo se refiere al exilio de su padre republicano y a la forma en que éste fue vivido por él, por su esposa madrileña y por los hijos nacidos en la Argentina. Ellos fueron educados para que se consideraran españoles y pensaran que pronto regresarían a la patria abandonada. Con el correr del tiempo, y frente a la evidencia de que el sueño de sus padres no iba a cumplirse, y que su inmediata realidad era la tierra en que había nacido, en la que iba a formarse humana e intelectualmente, Lojo asumió su argentinidad y afianzó su sentimiento de pertenencia mediante el estudio de la literatura y la historia de su país.

María Rosa Lojo es escritora, investigadora y crítica literaria. Es doctora en letras por la Universidad de Buenos Aires, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y dicta un Seminario-Taller de Doctorado en la Universidad del Salvador. Se ha destacado como novelista, poeta y ensayista. Por su obra poética, con la que se inició en las letras, Lojo recibió el Primer Premio de la Feria del Libro de Buenos Aires (1984), el Primer Premio de Poesía Alfredo A. Roggiano (1990) y el Segundo Premio Municipal de Poesía de Buenos Aires (1990/91). Sus novelas y cuentos, predominantemente históricos, la han hecho merecedora, entre otros, del Premio Kónex a las figuras de las Letras argentinas (1994-2003) y el Premio Nacional «Esteban Echeverría»(2004), por el conjunto de su obra narrativa.

1 *L'exili literari republicà*. Edició a cura de Manuel Fuentes y Paco Tovar. Tarragona:URV, 2006. 87-97.

Lojo lleva a sus obras de ficción el conocimiento de la historia y de la literatura argentinas alcanzado a través de extensas y cuidadosas investigaciones. Con imaginación y talento literario incorpora ese material documentado, sin desvirtuar el carácter de ficción de sus obras. Luego de su primera novela, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* (1987), en la que hay elementos autobiográficos y de historia familiar, las novelas siguientes han explorado, en particular, la sociedad argentina en la segunda mitad del siglo diecinueve y los comienzos del siglo veinte. En ellas aparecen figuras históricas mezcladas con personajes ficticios, una de las características de la «Nueva novela histórica», recreando en especial figuras femeninas pobremente comprendidas o valoradas en los textos canónicos. Entre ellas destacan Manuela Rosas, la hija del dictador Juan Manuel de Rosas, en *La princesa federal* (1998), quien también aparece en *Finisterre* (2005), y Eduarda Mansilla de García, en *Una mujer de fin de siglo* (1999). En *Las libras del Sur* (2004), por otra parte, la autora presenta a un personaje reconocido e influyente, como lo fue Victoria Ocampo, y la novela reconstruye, no sólo un período de su vida, sino también el contexto literario e intelectual de la capital porteña, vanguardista y abierto a nuevas ideas e ideologías, en el cual ella actuó. La novela no omite, sin embargo, las dificultades que aun esta mujer privilegiada enfrentó en la sociedad de su época. Lojo tiene gran talento para evocar épocas del pasado, reconstruyendo ambientes, y haciendo surgir voces y textos que son producto de erudición y de imaginación.

Dentro de su producción ensayística se encuentra el excelente estudio *La «barbarie» en la narrativa argentina. Siglo xix* (1994), tema que también aparece en su novela *La pasión de los nómades* (1994), elaborada como re-escritura de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, así como en algunos de los cuentos de *Amores insólitos de nuestra historia* (2001) y, más recientemente, en *Finisterre* (2005). Vinculada a estos temas e intereses está, también, la edición crítica de *Lucía Miranda* (1860) de Eduarda Mansilla, realizada bajo su dirección, que ha publicado este año Iberoamericana/Vervuert en Madrid.. Es la coordinadora de la edición crítica de *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, que próximamente aparecerá en la Colección Archivos de la UNESCO. Como estudiosa de la literatura, Lojo ha incursionado en campos teóricos, como lo atestigua su libro *El símbolo: poéticas, teorías, metatextos* (México: UNAM, 1997). Es autora de numerosos estudios sobre temas literarios, colaboradora permanente del periódico *La nación*, y prestigiosa figura en el medio académico y en la crítica literaria argentina. Ha sido invitada a dar conferencias y dictar minicursos, en universidades europeas (Salamanca, Complutense de Madrid, Murcia, Santiago de Compostela, Valladolid, Miguel de Cervantes de Valladolid, Toulouse Le Mirail, Université Stendhal de Grenoble, Regensburg, Heinrich Heine en Düsseldorf, Universidad de Colonia en Alemania), estadounidenses (Graduate School and University

Center, City University of New York) y latinoamericanas (Colegio de México y UNAM, México).

Recientemente participó como escritora invitada en una jornada científica con el tema: «Scientific Cooperation between Europe and Latin America: What Kind of Partnership?», organizada por la Académie Royale des Sciences d'Outre Mer, en Bruselas, donde se refirió a uno de los problemas centrales de su labor de ficción y de investigación: las representaciones literarias de la Historia. Su obra creativa, traducida en parte al inglés y al gallego, y sobre la cual se han escrito tesis de doctorado y de licenciatura, le ha conquistado un creciente reconocimiento internacional.

UNA MUJER DE FIN DE SIGLO

En *Una mujer de fin de siglo*, Lojo evoca las décadas posteriores a la Argentina del dictador Rosas, en las que el país inicia su marcha hacia la modernidad impulsado por la ideología y las aspiraciones de la nueva clase dirigente. Su protagonista, la escritora Eduarda Mansilla de García, era hermana de Lucio V. Mansilla, el autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, y sobrina del Restaurador. Su esposo, Manuel Rafael García, diplomático de carrera, procedía del bando antirrosista victorioso. La vida y la obra de los hermanos Mansilla han sido frecuente tema de investigación para María Rosa Lojo, y ellos son también protagonistas de dos de sus novelas, Lucio en *La pasión de los nómades*, y Eduarda en la novela que aquí presentamos. Le interesa su actitud transgresora, manifiesta en libros que reponen, en el mapa nacional, lo que otros prefieren excluir: gauchos, indios, mujeres en general. Mientras *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) de Lucio V. Mansilla, recibió un reconocimiento inmediato de la crítica, las obras de Eduarda Mansilla: *El médico de San Luis* (1860), *Lucía Miranda* (1860) y *Pablo, ou la vie dans les Pampas* (1869), aunque no dejaron de concitar, en su momento, recepciones positivas si bien bastante menos notorias, fueron relegadas al olvido hasta tiempos recientes. Actualmente, al menos en el campo de los especialistas, se le reconoce a la autora el haber escrito con una visión inusitada para su época. Mansilla desarticula en sus obras la antinomia de civilización y barbarie, y las dicotomías derivadas de ella: ciudad y campo, unitarios y federales, blancos e indios, blancos y gauchos, hombres y mujeres.²

Desde las últimas décadas del siglo veinte, novelistas y ensayistas, como César Aira, Eduardo Belgrano Rawson, Pedro Orgambide, David Viñas, y con ellos Lojo, han cuestionado la ideología europeísta, excluyente, que orientó la organización de la nación argentina, luego de la caída de Rosas,

2 Ver, a ese respecto, María Rosa Lojo. «Los hermanos Mansilla: más allá del pensamiento dicotómico, o cómo se escribe una Argentina completa». *En tiempos de Eduarda y Lucio V. Mansilla*. Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba, 2005. 15-41.

También se ha revalorizado el papel de la mujer en las distintas etapas históricas, y sus logros intelectuales y artísticos alcanzados en una lucha desigual contra el poder de la tradición y las instituciones. Juana Manuela Gorriti, Juana Manso, Eduarda Mansilla, las tres escritoras más representativas del siglo diecinueve, fueron finalmente aquilatadas como co-fundadoras de la literatura nacional a partir de las investigaciones de las últimas décadas. El trabajo de recuperación ha unido a investigadoras como la pionera Lily Sosa de Newton³ y otras estudiosas, con novelistas como Marta Mercader y María Rosa Lojo. En esta doble empresa se inscribe *Una mujer de fin de siglo*, en las postrimerías del siglo veinte, desde donde la novela puede evocar el anterior mundo finisecular, sugiriendo la idea de un balance, de una reflexión sobre los cambios sociales producidos, y sobre «continuidades y discontinuidades en la condición de la mujer de una y otra época».⁴

La semblanza de Eduarda Mansilla que Lojo presenta se apoya en los textos de su protagonista, particularmente los *Recuerdos de viaje* (1882, reeditada por Stockcero, 2006⁵), de los que emerge una mujer con convicciones e ideas propias, que observa críticamente las distintas sociedades en las que le toca vivir, atenta a las diferencias culturales, a la lucha por la abolición de la esclavitud y al movimiento por la emancipación de la mujer.⁶ *Una mujer de fin de siglo* hace justicia a la inteligencia, agudeza de observación y sentido ético de su personaje. Sus comentarios sobre la vida en Estados Unidos, la presidencia de Lincoln en vísperas de la guerra civil, y el relato de sus experiencias y encuentros con personajes de la época, recreados a partir de *Recuerdos de viaje*, son perspicaces y tienen aún interés para el lector. Su visión crítica, pero no simplista, de Estados Unidos se adelanta en mucho a la perspectiva de sus contemporáneos. La novela muestra, al mismo tiempo, a través de los encuentros de Eduarda con la sufragista Judith Miller, los condicionamientos sociales que la inhiben y le impiden aceptar un feminismo militante, a pesar de que también rechaza las limitaciones del papel que le ha sido prescrito.⁷ Eduarda es un personaje complejo y contradictorio, y por ello totalmente verosímil, en la interpretación de Lojo.

3 Ver *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Aumentado y actualizado. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986. y *Narradoras argentinas (1852-1932)*. Compilado por Sosa de Newton. Buenos Aires: Plus Ultra, 1995.

4 Ver Olga Steimberg de Kaplan. «Verdad histórica y discurso ficcional en *Una mujer de fin de siglo*, de María Rosa Lojo». *Humanitas* 32 (2003), 26.

5 La paginación de las citas y referencias aquí incluidas corresponden a esta edición.

6 Ver «Eduarda Mansilla: entre la 'barbarie' yankee y la utopía de la mujer profesional». *Gamma* Año XV, No. 37 (Septiembre 2003). Universidad del Salvador, Facultad de Filosofía y Letras. 14-25. www.salvador.edu.ar/publicaciones/gamma/37

7 La ambivalencia de Eduarda corresponde a las actitudes de la época en Argentina, aun entre las mujeres que veían su destino como no reducido a la maternidad. Bonnie Frederick, refiriéndose al período de 1870 a 1914, afirma: «Their beliefs came to be lumped under the word *emancipation*. Like the word *feminism* (which did not enter Argentine vocabulary until the 1890s), *emancipation* was sufficiently vague to include many programmatic issues and to incur many accusations and much opprobium. ... Respectable emancipationist women did not mention the right to vote, in the early years at least, although there are hints that some secretly hoped for it. Until the turn of the century, suffrage remained a fringe issue suitable for radicals, the sort that might also advocate free

La novela valoriza, también, el papel de Eduarda como iniciadora de la literatura infantil en Argentina, con su colección de *Cuentos* (1880). Ella se muestra admirada, en *Recuerdos de viaje*, por la calidad estética en la presentación de los libros infantiles publicados en los Estados Unidos, y la «interminable pléyade de escritores para la infancia y juventud, que escriben en prosa elegante y sonoros versos» (118). Por su parte, Eduarda introduce en la literatura argentina cuentos que no se proponen un fin didáctico o moralizante, como era habitual en su época, sino proporcionar al niño el goce de la lectura. Sarmiento elogió este libro, «ideado, pensado y escrito con los sentimientos de madre y el alma fantástica del niño que está en la edad de oro, y entiende lo que debe pensar una Jaulita Dorada o hacer una lauchita que viaja por sus negocios y de su propia cuenta» (D.F. Sarmiento. *OC*, XLVI, 319).⁸

Una mujer de fin de siglo presenta el drama de esta mujer de elevada cultura y manifiesto talento literario y artístico,⁹ cuya pertenencia a la clase privilegiada y hermosura destinaban al lujo y al éxito social, pero a quien la sociedad argentina de su tiempo le hizo pagar muy caro su vocación de escritora. Lojo construye su personaje entretrejiendo lo que se narra en textos de ella (*Recuerdos de viaje*, *Creaciones*) así como en las memorias de su hijo Daniel García Mansilla (*Visto, oído y recordado*), con textos de su propia creación. Se adentra en los pensamientos y conflictos íntimos de Eduarda, haciéndola hablar desde su propia voz, ya sea citada o imaginada, en la primera parte del libro. La voz de Eduarda se oye a través de distintas formas narrativas, en relatos, diálogos, cartas y diarios. En los últimos, particularmente en las cartas (imaginarias) fechadas en París, el 24 de octubre de 1866, y el 7 de agosto de 1875 hay un cuestionamiento a fondo de lo que es ser mujer, y de lo que significa la maternidad. Este es un tema difícil de abordar, porque choca contra una tradición de siglos que ha definido a la mujer como ser humano completo sólo en su condición de madre. En la franca honestidad de esos pasajes, y en el empleo de un lenguaje expresivo del erotismo en otros, el texto de Lojo es ilustrativo de la distancia recorrida y las libertades conquistadas desde la época de su personaje, al mismo tiempo que prueba la maestría estilística de la autora.

Eduarda Mansilla aparece rodeada, en la novela, de importantes figuras del medio literario y político de su tiempo, entre ellos el médico y escritor Eduardo Wilde, el poeta Carlos Guido y Spano, y el General Benjamín Victorica, ministro de guerra del presidente Roca. Gabriel Victorica, supuesto hijo del General, es, en cambio, un personaje ficticio trasplantado de la novela *La princesa federal*. Su vinculación con destacados representantes de la sociedad argentina no la protegió, sin embargo, de ser víctima de la maledicencia y de la falta de reconocimiento pleno en el medio literario. Su aspi-

love» (*Wily Modesty. Argentina Women Writers, 1860-1910*. Tempe, AZ: Arizona State University, 1998. 89).

8 Ver *Proyecto Sarmiento. Obras Completas en Internet*. Edición Bicentenario. Dirigido por Ernesto Romano. <http://www.proyectosarmiento.com.ar/>

9 Eduarda Mansilla era una excelente cantante, aunque su vocación musical sólo pudo expresarse dentro del pequeño círculo diplomático de su marido, en actuaciones que ayudaban a la carrera de éste. Esto aparece varias veces descrito en la novela de Lojo.

ración a ser estimada por ella misma, y no por su encumbrada posición social, su familia, o su belleza y elegancia, resultaba incomprensible a los que la rodeaban, quienes la imaginaban culpable de adulterio o de otros actos inconfesables que explicaran el abandono de su marido e hijos para regresar a Argentina. Su propio hijo mayor parece haber desaprobado esta conducta, concordando en esto con la reflexión de Juana Manuela Gorriti, acerca de las expectativas sobre la moral de una escritora, que debía ser doble: la de su pluma, y la de su vida privada. Su obra como creadora no compensaba cuestionamientos de otro orden. Pero Eduarda fue también asediada por sus propios sentimientos de culpabilidad, lo que tal vez haya causado el que pidiera a sus hijos que no se reeditaran sus obras. Debía pasar más de un siglo para que los descendientes de esta mujer excepcional, junto a investigadores y escritores, reivindicaran la obra literaria de Eduarda Mansilla.¹⁰

En la segunda parte, vemos a la protagonista desde la perspectiva de su joven secretaria francesa, Alice Frinet. Ella comprende la tortura psicológica de Eduarda, quien no encontró otro camino que la separación familiar para poder realizarse como persona y como escritora, luego de vivir largos años en Estados Unidos y en Europa acompañando a su esposo en sus distintos puestos diplomáticos. De modo similar a la reacción pública frente a Nora Helmer, la protagonista de *Casa de muñecas* de Ibsen, con quien se la compara en la novela, la decisión de Eduarda fue vista como una aberración en el medio social al que pertenecía. En contraste con la protagonista, Lojo ha investido a Alice Frinet de una personalidad independiente, lo que le permitirá realizar un proyecto de vida propia, luego de su matrimonio con un joven abogado de la provincia de Tucumán. Este personaje ficticio representa una nueva generación, mujeres cuyos antecedentes humildes y experiencia de inmigrantes les han dado mayor independencia y confianza en sí mismas. Menos limitadas por las tradiciones y los prejuicios de la alta sociedad, ellas están mejor preparadas para continuar el proceso de emancipación femenina. Este es un tipo de personaje que la autora siente cercano, como lo muestra al crear otro similar, el de Carmen Brey, la secretaria de Victoria Ocampo en *Las libres del Sur*. Son estas mujeres que viven de su trabajo, no las damas de la sociedad patricia, las que van a derribar barreras para formar una primera generación de mujeres profesionales argentinas en los comienzos del nuevo siglo que se vislumbra desde *Una mujer de fin de siglo*.¹¹

En la tercera parte de la novela, oímos la voz de Daniel, el hijo que más cerca estuvo de Eduarda, no sólo por su afecto sino también porque fue el único que compartió y apreció su vocación literaria. Es interesante advertir, sin embargo, algunas de las diferencias sutiles que distinguen el texto de Lojo del de su fuente original, donde se detecta, en Daniel, una mayor aceptación

10 Lojo agradece a los que la ayudaron «desde el interior de su memoria familiar: Manuel Rafael García Mansilla y Luis Bollaert» (Agradecimientos).

11 Véase al respecto el artículo de María Rosa Lojo publicado en la sección «Lugar de autora» de la revista universitaria *Telar*: «Escritoras y secretarías». *Telar*. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras. IIELA No. 4, 2006, 14-24. Accesible también en Internet: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/iela/revista_telar/revistas/telar4.pdf

de los valores patriarcales que lo que la novela de Lojo parece indicar.¹² Para el buen nombre y la tranquilidad de sus hijos, Eduarda murió elogiada como dama de sociedad y como madre, mientras que sus logros de escritora fueron minimizados. Estas circunstancias, sobre las cuales hay abundante documentación, son evocadas, a más de un siglo de distancia, con profundidad psicológica y con un tono sobrio de emoción contenida. Con fecha de 1900 y una cita de *Visto, oído y recordado*, el texto recrea, posteriormente a la muerte de Eduarda (1892), los últimos años del siglo. Lojo traspasa la voz narrativa a Daniel, quien relata sus experiencias del París posterior a la Comuna, en el que se encuentra con la figura fantasmal de la Emperatriz Eugenia y con otros sobrevivientes de la nobleza, desplazados por la Tercera República. Al mismo tiempo evoca las dos muertes, la de su madre, y la de su padre, a quien sucedió en la carrera diplomática. Este es el París de la Exposición Universal de 1889, celebrada en el centenario de la toma de la Bastilla, y cuyo símbolo principal fue la Torre Eiffel, completada ese año, que servía como arco de entrada a la Feria. El texto enmarca, sin embargo, un contexto europeo más amplio, mediante numerosas alusiones: a la Corte austríaca, a la longevidad de la reina Victoria de Inglaterra, la guerra de los bóers, la guerra del 98 entre España y Estados Unidos, el asesinato o suicidio del príncipe heredero del Imperio Austrohúngaro junto con su amante María Vetsera en el pabellón de caza de Meyerling, cerca de Viena, en 1889, y otros sucesos que conmovieron al mundo occidental de la época; alusiones a figuras descollantes de la literatura, como Victor Hugo, Stendhal, Ibsen, a las ideas de León Bloy, al compositor vienés Johann Strauss, a las novedades tecnológicas de la proyección fotográfica y el Zeppelin. Se evoca así, en pocas páginas, un mundo conflictivo, inestable y en proceso de transformación.

Al rescatar del olvido a una ilustre mujer de las letras argentinas, la novela evoca un capítulo en la lucha por la emancipación femenina que es parte de la historia no incluida en los textos canónicos. La creación de una memoria y una identidad colectiva de las mujeres se va realizando a través de novelas como ésta, en la que Lojo ha logrado reconstruir un mundo que ya sólo vive en la literatura, donde las figuras literarias y artísticas más sobresalientes de la época, en Argentina y en Europa, conviven con sus personajes ficticios. *Una mujer de fin de siglo*, así como las otras publicaciones de la autora que revisitan el siglo diecinueve y hacen posible una revalorización de sus figuras femeninas, contribuyen al auto-conocimiento de la mujer argentina, al mismo tiempo que enriquecen nuestra visión del pasado.

12 Me refiero a Daniel García Mansilla. *Visto, oído y recordado*. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft, 1950. En diálogo con la autora, ésta señala que optó por un «Daniel posible y pasado», que no es exactamente el que escribe estas Memorias (un hombre ya mayor, viudo y sin hijos, que ha decidido hacerse sacerdote), sino un joven que por esa época —según él mismo relata en su libro— atravesaba una crisis existencial y una crisis de fe, y cuya posición ante los usos y costumbres debió de ser por entonces menos complaciente.

OBRAS DE MARÍA ROSA LOJO. BIBLIOGRAFÍA SELECTA.

LIBROS

FICCIÓN Y POESÍA

Visiones (Buenos Aires: Faiga, 1984). Poesía.

Forma oculta del mundo (Buenos Aires: Último Reino, 1991) Poesía.

Esperan la mañana verde (Buenos Aires: El Francotirador, 1998). Poesía. Fue traducido al inglés por Brett Sanders y será publicado en 2008 en la editorial Host Publications (USA, New York-Texas).

Marginales (Buenos Aires: Epsilon, 1986). Cuentos.

Canción perdida en Buenos Aires al Oeste (Buenos Aires: Torres Agüero, 1987).
Novela.

La pasión de los nómades (Buenos Aires: Atlántida, 1994). Novela. Su segunda edición aparecerá en 2007 por Sudamericana.

La princesa federal (Buenos Aires: Planeta, 1998). Novela. 7 reimpressiones. Fue reimpresso en trade y en bolsillo, por el Grupo Planeta y, en 2005, por el sello De Bolsillo de Sudamericana.

Una mujer de fin de siglo (Buenos Aires: Planeta, 1999). Novela. Acaba de aparecer su tercera edición en el sello De Bolsillo, de Sudamericana.

Historias ocultas en la Recoleta (Buenos Aires: Alfaguara, 2000). Cuentos. 8 reimpressiones. Fue reimpresso en trade y también en bolsillo, en Punto de Lectura, del Grupo Santillana.

Amores insólitos de nuestra historia (Buenos Aires: Alfaguara, 2001). Cuentos. Acaba de aparecer su segunda edición en Punto de Lectura (bolsillo), Grupo Santillana.

Las libres del Sur (Buenos Aires: Sudamericana, 2004). Novela.

Finisterre (Sudamericana, 2005). Novela. Reimpresión en traducción por Sudamericana en 2006. Traducida al gallego como *A fin da terra* (Vigo, Galaxia, 2006).

ENSAYO E INVESTIGACIÓN

La «barbarie» en la narrativa argentina (siglo XIX) (Buenos Aires: Corregidor, 1994)

Sábato : en busca del original perdido (Buenos Aires: Corregidor, 1997)

Cuentistas argentinos de fin de siglo (Buenos Aires: Vinciguerra, 1997)

El símbolo : poéticas, teorías, metatextos (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997)

Edición académica de *Lucía Miranda* (1860) de Eduarda Mansilla, con Estudio Preliminar, notas gramaticales, léxicas e históricas, glosario, bibliografía, iconografía y apéndices. María Rosa Lojo (directora) y equipo. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, Colección Teci (Textos y estudios coloniales y de la independencia), 2007.

MEMORIAS

«Mínima autobiografía de una ‘exiliada hija’». *L'exili literari republicà*. Edición a cura de Manuel Fuentes y Paco Tovar. Tarragona, URV, 2006. 87-97. También accesible en www.almargen.com.ar/sitio/seccion/literatura/lojo

EN PRENSA

Edición crítica de *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, en prensa en la Colección Archivos de la UNESCO. María Rosa Lojo coordinadora. Introducción de la coordinadora. Estudio filológico-genético y Nota filológica preliminar (Norma Carriaburo). Texto de la novela. Cronología (María Rosa Lojo). Historia del texto. Lecturas del texto (equipo internacional de colaboradores). Dossier de la obra (Documentos, manuscritos, y dossier de recepción). Bibliografía.

OBRAS INCLUIDAS EN ANTOLOGÍAS

- Doce escritoras argentinas* (Nélida de la Red. Antología de cuentos, selección y notas). Buenos Aires: Plus Ultra, 1990.
- Antología de la poesía femenina argentina.* (Yolanda Rosas y Zulema Mirkin editoras), Buenos Aires-California, Instituto Literario y Cultural Hispánico, 1990.
- Veinticuatro poetas argentinos.* (Selección Café Literario III). Buenos Aires: Vinciguerra, 1991.
- Poetas argentinos de hoy. Primera Serie.* (Selección de Julio Bepre y Adalberto Polti). Buenos Aires: Fundación Argentina para la Poesía, 1991.
- Escritoras Argentinas Contemporáneas* (Eliana Hermann with Gustavo Fares ed.). University of Texas Studies in Contemporary Spanish-American Fiction. Vol. 8. New York: Peter Lang, 1993
- Setenta Poetas Argentinos 1970-1994* (Selección de Antonio Aliberti). Buenos Aires: Plus Ultra, 1994.
- Territorios de infancia* (María Marta González Rouco: Estudio Preliminar y Antología con propuestas para el taller literario). Buenos Aires: Plus Ultra, 1994.
- Veinte voces destacadas de la poesía argentina. Tomo II.* (Selección y estudio de Ruth Fernández). Buenos Aires: Plus Ultra, 1996.
- Viajes en la palabra y en la imagen.* (Eliana Hermann y Gustavo Fares ed. Prólogo de María Esther Vázquez) Buenos Aires: Ediciones de Arte Gaglianone, 1996.
- Poesía argentina de fin de siglo. Tomo 1.* (Selección de Lidia Vinciguerra). Buenos Aires: Vinciguerra, 1996.
- Cuentistas argentinos de fin de siglo. Tomo I* (Selección de Lidia Vinciguerra). Buenos Aires: Vinciguerra, 1997.
- Short Stories by Contemporary Argentinean Women Writers.* (Eliana Hermann with Gustavo Fares), The Edwin Mellen Press, 2002.
- La poesía de los '80. Antología.* (Selección y Estudio Preliminar de Alejandro Elissagaray), Buenos Aires, Editorial Nueva Generación, 2002.
- Antología de escritoras argentinas contemporáneas* (María Claudia André editora). Buenos Aires, Biblos, 2004.
- Microscopios eróticos.* Prólogo de Francisca Noguero. Madrid. Ediciones Atómicas, Pléyades, 2005. 71-74. Reeditada por la Universidad de Salamanca, 2006.
- Poetas argentinas* (1940-1960).[Estas fechas delimitan el período dentro del cual nacieron las poetas]. Selección y prólogo de Irene Gruss. Buenos Aires: Ediciones del Dock, 2006. 171-174.

OBRAS TRADUCIDAS AL INGLÉS POR BRETT ALAN SANDERS

- «El títere / The Puppet» y «Fueguito / Little Fire». *The Saint Ann's Review* (New York) Vol. 4 No. 2, 2003.
- «Your Inept Mouth», «Dragons», «God's Eyes» y «Make-up». *Chelsea* (New York) No. 74, 2003.
- «Lo que había / What There Was» y «Los que dejaron de andar / Those Who Have Stopped Walking About». *The Antigoniish Review* (Nova Scotia, Canadá) 136, 2004.
- «Certain Inheritances / Ciertas herencias». *Stand* (Leeds, UK: University of Leeds:) stand@leeds.ac.uk Vol 5 No. 3, 2004. En EEUU: Richmond, VA: Dept. of English, Virginia Commonwealth University.
- «The Noticeboard», «Lines», «Knocking at the Doors of Heaven», «Qualities of Winter», «The Structure of Houses» y «Apertures». *Artful Dodge* (Wooster, OH: Wooster College) 44/45, 2004. www.wooster.edu/artfuldodge
- «Five O'Clock Tea». *Event* (British Columbia, Canadá), Vol. 33 No. 2, 2004.
- «Risks», «Sorrow», «Weavings» y «Utter Silence». *Perihelion* Vol. 3 No. 9, 2004. www.webdelsol.com/Perihelion
- «A Buenos Aires Christmas» fragmento de la traducción en progreso de *La pasión de los nómades*. *New Works Review* Vol. 7 No. 1, 2005. www.new-works.org
- «Certain Inheritances / Ciertas herencias», «The Puppet / El Títere», «Your Inadequate Mouth / Tu boca inadecuada», «Little Fire / Fueguito», «Dragons / Dragones», «God's Eyes / Ojos de Dios», «Make-up / Maquillaje», «Five O'Clock Tea / Té de las cinco», «Sorrow / La pena», «Risks / Riesgos», «Weavings / Tejidos», «Utter Silence / Silencio Riguroso», «The Noticeboard / El cartel», «Lines / Líneas», «Knocking at the Doors of Heaven / Golpeando a las puertas del cielo»,
- «The Structure of Houses / Estructura de las casas», «Qualities of Winter / Calidades del invierno», «Apertures / Aperturas», «What There Was / Lo que había», «Those Who Have Stopped Walking About / Los que dejaron de andar», «Palace Museums / Museos de palacio», «Statues / Estatuas», «Curious Destiny / Destino curioso», «Banquet of Dandified Death / Banquete de la muerte catrina», «Santa María Tenontzintla / Santa María Tenontzintla». *Mudlark* No. 27, 2005. <http://webdelsol.com/mudlark/>

- «Steadfast Love». *Rhino* (Evanston, Illinois) 2005.
- «The Disappearing Woman». *Hunger Mountain* (Montpelier, Vermont College) No. 7, 2005. hungermtn@tui.edu
- «Semejanzas / Resemblances», «Fragilidad de los vampiros / Fragility of Vampires», «Transparencia / Transparency», y una entrevista con la poeta. *Contemporary Verse 2* (Manitoba, Canadá) Vol. 28 No. 2, 2005
- «My Lord Santiago» y «Cruceiro». *PRISM International* (British Columbia, Canadá) Vol. 44 No. 3, 2006.
- «Office of the School Secretary at the Chapel of 'Mater Admirabilis' / Secretaria de la Escuela en la Capilla de 'Mater Admirabilis'» y «Awaiting the Green Morning / Esperan la mañana verde». *The Quill & Ink* Vol. 2 No. 9, 2006. www.quillandink.net-firms.com
- «A Tenuous Vapor of Jasmine», fragmento de la traducción en progreso de *La pasión de los nómades*. *The Antigone Review* 2006 (Nova Scotia, Canadá).
- «Blue-Eyed Horse», de la traducción en progreso de *Amores insólitos de nuestra historia* (Singular Loves). *New Works Review* 2006. www.new-works.org

PARA SALIR:

- «Journey / Viaje», «The Great Waters / Las aguas grandes», «Nomads / Nómades », «Raid / Malón», «Humahuaca / Humahuaca», «Sempre en Galiza / Sempre en Galiza», «Fisterra B.C. / Fisterra, a. C.», y «Vanishing of the Men at Teotihuacán / Desaparición de los hombres en Teotihuacán». *The Dirty Goat*, literary magazine. Austin, Texas: Host Publications, 2007.
- «Minimal Autobiography of an 'Exiled Daughter'». San Antonio, Texas: Wings Press, 2008.
- Awaiting the Green Morning, en edición bilingüe con los poemas originales de *Esperan la mañana verde*. Austin, Texas: Host Publications, 2008.

ARTÍCULOS RELACIONADOS CON LA OBRA DE EDUARDA MANSILLA

- «Dossier: escritoras argentinas del siglo XIX». *Cuadernos hispanoamericanos* n° 639 (septiembre 2003). 5-60. Coordinación del dossier y autoría del artículo «Eduarda Mansilla». Colaboraron en este dossier las historiadoras Lily Sosa de Newton y Lucía Gálvez, y las críticas literarias María Gabriela Mizraje, Lea Fletcher, Lidia Lewkowicz.
- «Genealogías femeninas en la tradición literaria. Entre la excepcionalidad y la representatividad». *Alba de América* V. 25 (2006), n°s. 47 y 48. 467-485.
- «Eduarda Mansilla: la traducción rebelde». *Feminaria* n° 30/31, Año XVI, abril 2007.
- «El imaginario de las Pampas en francés: de Eduarda Mansilla a Guillemette Marrier». *La función narrativa y sus nuevas dimensiones*, Buenos Aires: Centro de Estudios de Narratología, Universidad de Buenos Aires, 1999. 339-347.
- «El 'género mujer' y la construcción de mitos nacionales: el caso argentino rioplatense». *La mujer en la literatura del mundo hispánico*, Juana A. Arancibia, Yolanda Rosas, Edith Dimo (eds.)
- «La mujer en la literatura hispánica», Volumen V. California: Instituto Literario y Cultural Hispánico, 2000. 7-31.
- «Eduarda Mansilla: entre la 'barbarie' yankee y la utopía de la mujer profesional». *Voces en conflicto, espacios de disputa*. VI Jornadas de Historia de las Mujeres y I Congreso Iberoamericano de Estudios de las Mujeres y de Género, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Departamento de Historia, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2001. Coordinación Editorial: Ana Lía Rey. CD-ROM. Reeditado en la revista *Gamma*, Año XV, n° 37 (Septiembre 2003), Universidad del Salvador, Facultad de Filosofía y Letras. 14-25. www.salvador.edu.ar/publicaciones/gramma/37.
- «La construcción de héroes y heroínas en la narrativa histórica argentina actual». *Nuevas tendencias y perspectivas contemporáneas en la narrativa*. CEN: Centro de Estudios de Narratología, Segundo Simposio Internacional, Universidad de Buenos Aires, 13 al 15 de junio de 2001. Actas en CD-ROM.
- «Naturaleza y ciudad en la novelística de Eduarda Mansilla». Javier de Navascués (ed.). *De Arcadia a Babel. Naturaleza y ciudad en la literatura hispanoamericana*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana- Vervuert, 2002. 225-258

- «Los hermanos Mansilla: género, nación, ‘barbaries’». *Pasajes, Passages, Passagen. Homenaje a/ Mélanges offerts à/ Festschrift für Christian Wentzlaff-Eggebert*. Suzanne Grunwald, Claudia Hammerschmidt, Valérie Heinen, Gunnar Nilsson (eds./éds./Hrsg.). Sevilla: Universität zu Köln, Universidad de Sevilla, Universidad de Cádiz, 2004. 526-537. También en la revista *Abanico de la Biblioteca Nacional*. Revista de Letras, agosto de 2004. www.abanico.edu.ar/08-04/lojo.html. Buscar en índice de autores.
- «Escritoras argentinas del siglo XIX y etnias aborígenes del Cono Sur (Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla). *La mujer en la literatura del mundo hispánico*. Westminster, CA: Instituto Literario y Cultural Hispánico, 2005. 43-63.
- «Lucía Miranda manuscrita y reescrita: Eduarda Mansilla». *El humanismo indiano. Letras Coloniales Hispanoamericanas del Cono Sur*. Actas de las Jornadas de literatura colonial del Cono Sur, UCA, 2001. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 2005. 399-412.
- «Los hermanos Mansilla: más allá del pensamiento dicotómico, o cómo se escribe una Argentina completa». *En tiempos de Eduarda y Lucio V. Mansilla*. Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba, 2005. 15-41.
- «Paradojas de la creación, verdades de la ficción, relatos de la vida». *Perspectivas de la Ficcionalidad*. (Daniel Altamiranda y Esther Smith eds.) Actas del Tercer Simposio Internacional, del Centro de Estudios de Narratología. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Docencia, 2005. 97-103.
- «El retorno de las identidades étnicas borradas en la nueva narrativa histórica argentina». *Hispanismo. Discursos culturales, identidad y memoria*. Nilda Flawiá de Fernández y Silvia Israilev (eds.) Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2006. 66-77.
- «Universalidad y diferencia: ¿qué tienen las escritoras para decir?» *Los desafíos de la investigación en ciencias humanas*. Actas de las II Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Humanas. Lorena M.A. de Matteis y Mariela E. Rigano, coords. Bahía Blanca: Grupo de Jóvenes Investigadores Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 2006.
- «Escritoras y secretarías». *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*. Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras: IIELA No. 4, 2006. 14-24.

EN PRENSA.

ARTÍCULOS

- «Lucía Miranda: un mito de origen protonacional en varias lenguas: castellano, latín, francés e inglés». Ciclo de conferencias 2006. Centro de Literatura Comparada «María Teresa Maiorana». Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras. En prensa en la revista *Letras*, de la Universidad Católica Argentina.
- «Eduarda Mansilla: la traducción rebelde», en prensa en la revista *Feminaria* (Buenos Aires).

CAPÍTULOS DE LIBRO

- «Eduarda Mansilla y Victoria «Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo: escribir entre varios mundos». Coloquio Internacional «Formes et Processus Transculturels en Amérique Latine», 16-18 de marzo de 2006. Universidad de Toulouse Le Mirail. En prensa en actas.
- «Cautivas, inmigrantes, viajeros, en la narrativa de Eduarda Mansilla». En prensa en Actas del Coloquio «Cultura escrita en la Argentina del siglo XIX. Viajeros, cautivas, inmigrantes» (25 agosto de 2006). Universidad Nacional de Rosario: Centro Problemática de la Escritura, Facultad de Humanidades y Artes.

OBRAS DE EDUARDA MANSILLA

Pablo ou la vie dans les Pampas. París: Lachaud, 1869. *Pablo o la vida en las Pampas*. Traducción de Alicia M. Chiesa. Buenos Aires: Confluencia, 1999.

El médico de San Luis. Prólogo de Rafael Pombo. Buenos Aires: La Biblioteca Popular de Buenos Aires, Librería Editora de Enrique Navarro Viola, 1879.

Cuentos. Buenos Aires: Imprenta de la República, 1880.

La marquesa de Altamira. Drama en 3 actos y un prólogo. Buenos Aires: Imprenta de «La Universidad», 1881.

Lucía Miranda. Novela histórica. (1ª ed. Diario *La Tribuna*, 1860) Buenos Aires: Imprenta Alsina, 1882. *Lucía Miranda (1860)*. Edición, introducción y notas de María Rosa Lojo. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2007.

Recuerdos de viaje. Buenos Aires: Imprenta Alsina, 1882. Edición de J.P. Spicer-Escalante. Buenos Aires: Stockcero, 2006..

Creaciones. Buenos Aires: Imprenta Alsina, 1883.

Un amor. Buenos Aires: Imprenta de El Diario, 1885.

UMBRAL

Una mujer de fin de siglo no es una biografía de la escritora argentina Eduarda Mansilla (1834–1892). Es una novela inspirada en su vida, cuyo sentido se proyecta sobre todas las mujeres intelectualmente creadoras (incluso las actuales) comprometidas con una vocación que no les reclama por cierto la sociedad, más proclive a asignarles otras funciones. Es una novela pensada y escrita, pues, desde las necesidades y problemas de este presente, donde los personajes históricos son también símbolos de sueños y deseos que han mantenido (y exasperado) su vigencia.

Hace años, cuando trabajaba sobre la obra de Lucio Victorio Mansilla, el autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, a quien dediqué una novela (*La pasión de los nómades*, 1994¹), tropecé con la olvidada y escondida figura de su hermana, también escritora: la talentosa Eduarda Mansilla. Si los retratos y fotografías de Lucio sobreabundaban, creciendo y multiplicándose, en archivos y museos, comprobé que de Eduarda se habían conservado apenas dos imágenes públicas (una de la juventud, otra de la madurez). Debo la inédita, que ilustra este libro, al archivo personal y a la gentileza de su tataranieto, el señor Manuel Rafael García-Mansilla.

Desde ese entonces data mi curiosidad por conocer vida y obra de esta mujer de letras casi borrada de la memoria visual, y, lo que es mucho peor, de la memoria literaria nacional, salvo por los esfuerzos (marginales) de algunas y algunos especialistas. En esta novela de marco histórico, pero de impulso contemporáneo, y que aspira a una significación universal, conviven personajes que tuvieron un referente real en el pasado (Eduarda, su hijo Daniel, el señor Molina, Manuel Rafael García, Lucio V. Mansilla, Agustina Ortiz de Rozas de Mansilla) con los que sólo tienen existencia en este libro

1 Será próximamente reeditada por Editorial Sudamericana en Debolsillo Contemporánea.

(Judith Miller, Alice Frinet, Miguel Rojas) e incluso con los que pertenecen a otras ficciones, como el irreverente Rhett Butler, a quien Eduarda encuentra en un tren.

No he buscado la reconstrucción estilizada de la voz de la escritora ni la colección de citas (hay muy pocas textuales), sino la construcción original de esa voz desde un lenguaje propio. Como toda novela, ésta se exime del «pacto de veridicción» y no pretende realizar afirmaciones con valor objetivo acerca de los sentimientos, pensamientos y pasiones de sus personajes también históricos, que se convierten al entrar en ella, en personajes ficcionales, sometidos a la ley interna de la novela que los devora y los (re)interpreta.

El trabajo de la ficción no ha excluido, empero, un recorrido exigente por la investigación histórica y literaria, continuado luego de la primera edición del presente libro. Desde esa publicación hasta la fecha he dado a conocer numerosos trabajos sobre la obra de Eduarda Mansilla, entre ellos la edición académica de su novela *Lucía Miranda* (1860) que acaba de aparecer en Europa, por la editorial Iberoamericana–Vervuert.

Una mujer de fin de siglo no es una novela «para mujeres». No se reduce a tópicos que sólo puedan interesarle al sexo femenino. Los temas y problemas que plantea: la creación, el trabajo, la vida pública, la política, el amor, la familia, y el papel de varones y mujeres en relación con ellos, deben importar, entiendo, fundamentalmente, a los dos géneros que constituyen la especie humana.

«¿Debemos creer que estas almas sumergidas en un estado de sonambulismo perpetuo, como la ostra encerrada en su conchilla, sin tener siquiera la fuerza de protestar contra la torpeza que las encadena, se hallen destinadas a no alcanzar jamás su despliegue? No lo sabemos. Compadezcamos, sin embargo, a estas pobres almas prisioneras más aún que a las otras en este valle de lágrimas; estas *parias* del pensamiento, excluidas de los goces intelectuales, quedando por lo demás sujetas a las luchas desgarrantes de las pasiones humanas. Verdaderas desheredadas, tienen todas las cargas, sin tener los consuelos... »

EDUARDA MANSILLA,
Pablo, ou la vie dans les Pampas.

1860

«La mujer americana practica la libertad individual como ninguna otra en el mundo, y parece poseer gran dosis de *self reliance*.»

EDUARDA MANSILLA,
Recuerdos de viaje.

I

«JUDITH M.»

¿QUIÉN PUEDE CORRESPONDER A ESE NOMBRE DELIBERADAMENTE TRUNCO? ¿Qué cara, qué talle, qué ojos, qué ropas, qué ademanes de seducción y acaso de impudicia son aludidos así, en alguna parte, aún lejos de mi vista?

¿Pertenece ella al bello ejército de las devoradoras de ostras? ¿Será una de las *yankees* transparentes que mastican y trituran sin saciarse frutos del mar con mandíbulas tapizadas en raso?

Hasta ahora es tan sólo una mujer que oculta su apellido —¿por temor, por recato, por prudencia?— en la esquela donde le da cita a un hombre: el secretario de la Legación argentina en los Estados Unidos de Norteamérica. Se trata de un varón apuesto, alto, severo. Los curiosos y sobre todo, curiosas, del mundillo local, aprecian su estampa. ¿No las he oído llamarlo —entre sonrisas y secretes nunca demasiado imperceptibles— *the handsome minister*? Quizá ese varón extranjero evoca para su fantasía voraz y sin duda carnal, otros espacios: *the Pampas*, *the savage South America*, desollada por gritos de guerra, largos como cuchillos, y por sombras rasantes de jinetes. Difícil, empero, para mí, acertar con los deseos de esas damas doradas que sienten y piensan en otra dimensión, no sólo en otro idioma.

Sólo sé que ese hombre joven, diplomático exótico a quien Judith M. ha dirigido unas líneas que subraya con perfume de violetas, se llama —¿podrá pronunciarlo ella?— Manuel Rafael García Aguirre², y es mi marido.

Pero ignoro quién es, en verdad, Manuel García, al que elegí hace apenas seis años, según estipulan nuestra religión y las buenas costumbres, como mi compañero hasta que la muerte nos separe. No podré renunciar —por lo menos abiertamente— a su compañía o su tutela; toda otra cosa implicaría pecado para la Iglesia, y para la sociedad, algo mucho peor: una *gaffe*, una

2 (Buenos Aires, 1826 – Viena, 1877) Distinguido diplomático argentino que representó a su país, como Ministro Plenipotenciario, ante los gobiernos de Estados Unidos, España, Inglaterra y el Imperio Austro-Húngaro, durante 27 años de carrera diplomática.

atroz inconveniencia. Se comporta como un caballero distinguido y un esposo devoto que enseña a nuestros hijos a pedirme la bendición y a besarme la mano cuando bajo a saludarlos por las mañanas (y no acierto a discernir si es cortesanía francesa o herencia de la Colonia). También —y eso me perturba— presiento que puede llegar a convertirse en la clase de varón que ciertas mujeres llaman «un buen amante». Si conmigo no lo ha sido nunca del todo, se debe acaso a mi pudor de niña bien educada, pero quizá, sobre todo, al suyo propio. Hay límites que las esposas no deben ser invitadas a transgredir, o que ellas deben negarse a trasponer, si, en el peor de los casos, a tal cosa se las incita. Es que si así no lo hicieren Dios y la patria y sobre todo sus maridos, dejarían de considerarlas como tales esposas, y pensarían de inmediato que son otros los que las han iniciado en la búsqueda de esas ajenas satisfacciones.

Con Judith M. tal vez mi marido olvide esos límites. Quizá ría con un brillo de ojos, suavemente procaz, apenas oblicuo, que no se permitiría dejarme conocer. Con Judith M. tal vez ingrese al vértigo del amor clandestino, donde los pasos pierden la orientación de la salida y las manos se extravían bajo la seda, sembrando una ruta disidente con la huella fuerte y seca de olores masculinos. Whisky o ginebra, tabaco mezclado con ráfagas de hojas de pino —esto último lo único en verdad que identifica a Manuel, poco afecto a la bebida.

Nada ni nadie me han preparado para este infeliz descubrimiento. Pienso en mi madre. ¿Habría vivido ella una primera vez en la deslealtad, semejante a la mía? Es difícil suponerlo. Era la mujer más hermosa de ambas orillas, admirada igualmente por los salvajes unitarios³ que acechaban del otro lado del río, y por los fieles de la Santa Federación⁴. Amada sin dudas ni intermitencias por mi padre, un hombre hermoso aunque tanto mayor, que hacía reír con sus galanterías a las mujeres, pero que no alcanzaba a turbar la superficie oculta de sus sueños.

¿Soy tan hermosa como ella? Me lo han dicho y no siempre me ha gustado creerlo. A mi madre le bastó la perfecta inmovilidad de su belleza. Nunca entendió los goces o la pasión del movimiento. Y las artes —los libros o la música— no fueron para ella más que adornos en un salón bien puesto, complacencias de los sentidos como un jarrón esmaltado o un sahumero. Pero ¿qué son para mí? Acaso algo peor: el ornamento con que la esposa del diplomático Manuel Rafael García enriquece la reputación de su marido, y no ya en los salones domésticos, sino en la tertulia elegante de lo que llaman el gran mundo.

¿Qué diría mi madre, puesta frente a la esquila de Judith M.? Estamos demasiado lejos, y no sólo en el espacio, sino en el tiempo, a pesar de que me lleve apenas dieciocho años. Hubiera leído encogiéndose de hombros. Hubiera arrojado el papel fragante al fuego de su chimenea casi siempre encendida. O lo hubiese vuelto a dejar, imperturbable, en el despacho donde —como yo ahora— pudo haberlo encontrado, porque ella, simplemente, estaba

3 Los unitarios, opositores de los federales, eran tildados de «salvajes» por éstos.

4 El régimen federal bajo la dictadura de Juan Manuel de Rosas (1793-1877). Así llamado por sus partidarios entusiastas.

más allá de todas las mujeres y con ninguna se hubiese rebajado a competir. Acaso mi padre era un objeto por el que no valía la pena competir. ¿Lo es mi marido?

Abro la ventana y miro la tarde profunda y despejada, pulida hasta en los detalles más lejanos del paisaje. Me miro a mí, y pienso que una noche, a través de una ventana como ésta, Agustina Rosas demostró que le bastaba simplemente ser y resplandecer para imponerse a un hato de machos violentos. Golpearon contra las hojas de roble de la puerta cancel, lanzaron piedras a los postigos. Gritaron muera Rosas y muera Mansilla⁵, desafiaron a pelear a los ausentes. Mi madre ganó por ellos la batalla, peinada y alhajada, vestida con su mejor traje de baile, sentada en un círculo de luces reverberantes: cuando se abrieron de un golpe los postigos, la piel se le había disuelto en brillo blanco, y sus ojos miraban más allá de todos los deseos, como los ojos de los cuadros o las estatuas. Los varones bajaron las cabezas y las manos, y alguno, confuso, se arrodilló. Las piedras cayeron de los dedos y los insultos de las bocas, y uno a uno se fueron alejando hasta que la calle quedó desierta y ella iluminada para siempre en el marco de la ventana a la manera de la Virgen en sus altares. Mi madre podía ser ella misma y ser también un ícono y un símbolo. Yo me siento tan sólo mi propia persona indefinible, y ni el mundo extranjero en el que estoy ni los educados varones con los que trato me oponen esa clase de violencia. Quizá sea otra peor, por más sutil. Pero lo más intolerable no es hoy la furia masculina, solapada o candente, sino la invasión casi secreta, delicada y subrepticia, de Judith M. El doblez de una hoja que cruzan, sólo en parte, algunos afinados caracteres negros. Contra ella, ¿qué armas usaría?

Ninguna. Ninguna por ahora.

Recompongo los pliegues del papel. Vuelvo a guardarlo bajo la carpeta de cuero donde el azar (o Manuel) me la dejaron.

Tocan a la puerta. Es el señor ministro de la Legación, el dueño de esta casa alquilada, que se anuncia, eficiente, sin dilaciones ni ceremonias. Los niños están por volver del parque. Mi tiempo se termina con el regreso de la familia. Me he demorado en exceso —y para mi pena— sobre la mesa de trabajo de mi marido, no sobre la mía. Tampoco escribiré hoy.

La voz de Manuel llega en ecos amortiguados, desde la planta baja. Habla un inglés correctísimo, aunque todavía con fuerte acento hispánico. A veces la criada tiene que hacerse repetir interrogaciones o indicaciones, y él accede, con vergüenza paciente.

Pero ahora no hay enigmas ni tropiezos. Ha preguntado sólo por mí, y ya sube corriendo escaleras arriba. Tiene el pelo vagamente desordenado, y no puedo evitar el gesto de pasar una mano por entre las ondas oscuras, para

5 El general Lucio Norberto Mansilla, padre de Eduarda, estaba casado con Agustina Ortiz de Rozas, hermana de Juan Manuel de Rosas. Los dos apellidos, unidos por lazos de familia, representaban la causa federal, en ese momento derrotada luego de la batalla de Caseros en 1852.

volverlo liso, manejable. Me sonrío y se inclina para besarme, cerca de la boca. Siento el placer del roce, la barba que se demora contra mi mejilla, suficientemente larga como para tocar sin aspereza. Imagino esos labios buscando zonas y huecos de mi piel que ahora ocultan la seda y el encaje. Descubro en su mirada que estamos pensando lo mismo y doy vuelta la cara para sonreír y bajo los ojos. No parece la reacción de un hombre infiel.

En realidad nada parece haber empezado. Aún, quizás, Judith M. es sólo una fantasía que puede borrarse con el trabajo de mis manos asiduas. Atraigo hacia mí su cabeza hermosa que amo todavía hasta que los labios se ablandan y se hacen cálidos y húmedos como el centro profundo de un cuerpo femenino. Una campanilla insistente interrumpe la densidad, el abandono. Los niños llaman y nos desprendemos uno del otro, con renuente delicadeza.

En pocos minutos somos el Padre y la Madre, sentados, cada uno, en un extremo de la cabecera. Hay *cakes*, *scons*, tostadas, refrescos, y un té fuerte del país —para los niños, siempre mezclado con leche—. Un olor antiguo llega del pasado, detrás de las exóticas *bow-windows*, veladas ahora en verano por una muselina que sólo deja ver formas opacas, fantasías de la nostalgia. Es un aroma de pastelillos fritos, voceados a la hora de la siesta, tan calientes que abrasan con su dulzura las manos y la lengua. Ni a mi hermano Lucio⁶ ni a mí nos importa quemarnos mientras los devoramos.

—¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando? —dice Manuel.

Sonrío. Por unos momentos he andado muy lejos, corriendo, clandestina, con una moneda de dos reales tras la mulata de las frituras, sobre el empedrado desperejo de la calle Tacuarí.

—En pasteles fritos.

—En casa casi no me dejaban comerlos.

—Pues a nosotros tampoco. Pero de una manera u otra los conseguíamos.

—Yo no —suspira Manuel— Era un hijo modelo. Demasiado obediente.

—¿Es malo ser obediente? —pregunta Eda.

—Según las circunstancias, puede serlo— me siento obligada a responder. Manuel me mira serio, casi reconviniéndome. Luego se dirige a Eda.

—A tu edad, siempre hay que obedecer.

—¿De veras, mamita?

—Ya has oído a tu padre.

No discutimos en la mesa, y nunca delante de nuestros hijos. Queremos dar buenos ejemplos. Aunque los buenos ejemplos a veces desconcierten. Mis padres viven ahora en casas diferentes, por lo que Lucio me ha escrito, sin que jamás les hayamos oído cruzar una palabra malsonante.

Eda termina de merendar en silencio. Evita mis ojos, quizá por distracción, o porque de pronto me he transformado para ella en una persona escasamente confiable. Manuel José, demasiado pequeño para los comentarios, casi se queda dormido sobre su bizcocho. Lo tomo en brazos. Tiene la

6 Lucio V. Mansilla (Buenos Aires, 1831-París, 1913). Militar, diplomático y político, su libro *Una expedición a los indios ranqueles* le aseguró un lugar permanente en las letras argentinas.

respiración agitada, insegura. Ha jugado mucho en el parque —me dice la niñera—, ha vuelto a las hamacas una y otra vez, casi flotante en el aire enardecido. Los bronquios —su punto débil— ya resuellan y silban. Doy orden de que se lo acueste, y se le haga inspirar vapores de eucalipto.

Fuera de esto, cumplimos los ritos habituales. Manuel y yo nos sentamos en la biblioteca.

—¿Has revisado tu correo?

—Lo vi esta mañana.

—¿Algo interesante?

—Nada que valga la pena mencionar. Salvo que tenemos dos o tres cenas la semana próxima y un concierto en la Legación brasileña.

—¿Sólo eso?

—¿Te parece poco? —ríe Manuel— ¿No te estabas quejando hace unos días del exceso de trato con los diplomáticos que pasan aquí sus destierros, tan aburridos como nosotros? ¿No decías que te agradaría salir un tiempo de esta ciudad insulsa y conocer el país? A propósito de esto, ya he hablado con Molina⁷.

—¿Para qué?

—Ya que se toma unas vacaciones, para que te acompañe a visitar algunos sitios importantes, junto con los niños: Nueva York, Niagara Falls, Saratoga, Filadelfia. Sabes cuánto te estima y cuánto quiere a nuestros muchachos. Estará encantado de poder mostrarte todo.

—¿Cómo «para que me acompañe»? ¿Es que no vas a venir?

—Ojalá pudiera. Me necesitan aquí. Pero ésa no es razón para que te sacrifiques, ni para que los chicos pasen también todo el verano en este desierto

—Nunca ha sido un sacrificio el quedarme a tu lado.

—Bueno, tanto mejor así. Aunque me gustaría de verdad que aprovecharas la ocasión para ver algo más de esta tierra.

—Molina te merecerá mucha confianza, por lo que veo, puesto que así me entregas a sus cuidados.

La cara de Manuel, habitualmente tan pálida, comienza a enrojecer.

—Claro que confío en Molina. Pero mucho más confío en mi mujer. ¿No hago bien acaso?

—Naturalmente. Era una broma— le sonrío con inocencia.

—Antes tenías un gusto más fino para las bromas.

—Serán resabios de mi tío.

—¿Cuál de ellos? —pregunta displicente, como si no imaginara mi respuesta.

—El Restaurador⁸, por supuesto. Don Juan Manuel.

Mi marido no contesta. Un giro imprevisible de la conversación ha encendido la sombra de viejos antagonismos: los unitarios de su familia y los

7 Este personaje está creado a partir de una escueta mención a «Molina» en *Recuerdos de viaje* XVI (92). En la novela se da su nombre completo: Carlos Molina (158 y 197).

8 Durante el primer gobierno de Rosas (1829-1832), el país no estaba organizado como una nación y la Liga Unitaria (provincias de Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Juan, San Luis, Tucumán, Salta y Mendoza) se enfrentaba al Pacto Federal (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes). En esas circunstancias Rosas había asumido la gobernación de Buenos Aires con facultades extraordinarias. Terminado su primer período no aceptó la reelección si no se le renovaban los poderes extraordinarios, por lo cual el gobierno fue asumido sucesivamente por Juan Ramón Balcarce, Juan José

federales de la mía, perdedores de una batalla que continúa en los sótanos de la casa y cuyas reverberaciones llegan apenas, deformadas y confusas, a la superficie de la sala de baile.

Cenamos los dos solos —Eda, extenuada, se ha dormido también—, en el comedor de diario donde solemos tomar los desayunos. Comemos sin mayor interés la carne con papas; Manuel vuelve a servirme el vino borgoña que prefiero, no bien ve mi vaso vaciarse. El malhumor no anula la costumbre o el deber de su cortesía. Me reprocho el haber amargado la noche con sospechas absurdas. ¿Por qué tiene que ser importante o culpable la esquila de Judith M.? ¿Por qué no ha de tratarse de una de las tantas entrevistas sociales de un funcionario? ¿Por qué suponer que quiere librarse de mí, en lugar de complacerme?

Manuel se acuesta enseguida y yo me demoro cepillándome el pelo. Cuando entro bajo las sábanas de hilo fresco, me siento tentada de ignorar el largo cuerpo cuyo contacto, sin embargo, deseo. Pero apoyo mi mejilla contra su cuello y mis pechos contra su espalda y tomo una de las manos que él retiene, obstinado, sobre sí mismo. En unos instantes el orden de la separación se transtorna. Un caos delicioso aparta la batista y el satén próximos a la piel, ignora las reticencias, derrota los rencores. Lllaman a esto, inadecuadamente, hacer el amor. Pero no es hacer sino deshacer. Nos quitamos las caras con las que nos conocen los otros, y caen las normas cotidianas que asfixian y que aprisionan, como pesados corsés. No estamos ni siquiera debajo de nuestros nombres, escapamos por las fisuras de las palabras, somos lo que desborda, el inagotable exceso. Es esa parte de nuestra vida que no podemos exhibir ante nuestros hijos como se exhiben, sin embargo, ejemplarmente, los cuadros heroicos de las guerras o los rituales de la muerte.

Quiénes somos cuando nos entregamos con lengua y tacto y una potente circulación de sustancias ocultas. Quiénes somos cuando nos abrimos o nos vertemos, sin medida, de cuerpo en cuerpo, para curar los daños del pensamiento. Cierro los ojos sobre el pecho de Manuel y oigo el latido que vuelve a su cauce de golpes regulares, y oigo su respiración de hombre que duerme, incapaz de sobrevivir consciente a la fuga y al derramarse de sí mismo en otra criatura de la tierra.

Viamonte y Manuel Vicente Maza, ninguno de los cuales pudo terminar su mandato por problemas políticos, muchos creados por Rosas desde el llano mediante su organización «Partido Restaurador Apostólico». En 1835 la Legislatura de Buenos Aires confirió el gobierno a Rosas por cinco años con la suma del poder público, sin más restricciones que conservar y proteger la religión católica, y sostener y defender «la causa nacional de la Federación». El caos era tal que Rosas prometió «Restaurar las leyes», y de ahí su apodo.

II

TENGO EL PELO RECOGIDO BAJO EL SOMBRERO, y un velillo me cubre la cara. Manuel no ha de reconocer mi traje (gris perla con vivos azules, austero, que viene de un almacén neoyorquino y que todavía no he usado). No quiero mostrarme ante ella, y menos aún, ante él. Quiero —desdichada de mí— tan sólo espíarlos, lo más oculta posible. Esta conducta, que hace unos años y en otras circunstancias hubiera juzgado indigna, hoy me parece casi natural. Y aunque mi madre estuviese aquí, al alcance del oído y de mis brazos, ¿le hubiese yo preguntado realmente qué hacer? Es que voy acercándome a la treintena y a esa edad una mujer cabal no humilla su orgullo ni compromete a la propia madre interrogándola sobre cosas semejantes. Si viviéramos en Buenos Aires ya hubiera mandado en mi lugar, como quien no quiere la cosa, a una criadita de la casa grande, una de tantas muchachas del servicio, curiosas y despejadas, normalmente fieles, siempre dispuestas a preocuparse por las vidas ajenas y sobre todo por las de sus patrones, a menudo infelices. Aquí no hay nadie en quien pueda confiar para tales menesteres.

La cita es en el salón de té del hotel más céntrico y más encopetado de la ciudad, es decir, el único decente, ya que Washington es de una pobreza franciscana, o mejor dicho, puritana. Debo reconocer que no han buscado esconderse de los ojos indiscretos, lo que permite suponer buenas intenciones, o quizá, públicas pretensiones de inocencia. Pero, ¿por qué mi marido, a su vez, no le ha dado cita en una de las oficinas de la embajada?. ¿Por qué Judith M. merece otro trato deferente y diferente, que la distingue de cualquier peticionante? O quizá no sea ella una peticionante. A lo mejor es una dama adinerada, con inclinaciones filantrópicas, que se propone donar una suma considerable para aliviar la miseria del Sur de América (algo más atractivo, acaso,

que ocuparse de la miseria de su propio país). O es una rica inversionista que desea interrogar de manera adecuada al secretario de una república desconocida y lejana antes de arriesgarse a poner un centavo en ella.

Enfilo hacia el hotel como quien se prepara para una incursión riesgosa por tierras ignotas. Aunque no está lejos, el camino por las calles sin empedrar donde a veces merodean los cerdos sueltos, suele ser accidentado y resbaladizo. Agradezco que no haya llovido, de lo contrario, me hubiera visto obligada a contratar cochero, atrayendo así aún más la atención sobre mi persona. Mal que me pese, avanzo levantando el ruedo de mi vestido —no tan corto como el de la mayoría de las *yankees*— y siempre por atajos laterales para no cruzarme con mi marido que, si no ha llegado ya, puede estar acercándose a su encuentro con Judith M. desde la Legación.

Por fortuna, el salón tiene dos entradas. Atisbo, desde una de las grandes ventanas, el interior casi coqueto donde florecen relativamente algunas plantas del trópico, importadas apenas para el verano efímero. Hay una mujer sola, hacia el centro de la sala semivacía. No le importa llamar la atención, por lo que parece. Cualquiera puede mirarla, desde cualquier ángulo. Es la única expuesta en exhibición solitaria. Podría creérsela vulnerable. Sin embargo, los ojos que se detienen sobre las puertas de entrada o de salida, y observan al viandante y me observan a mí con tranquilidad estudiosa, sin desafío, no son precisamente los de una mujer indefensa. No puedo demorarme en devolverle esa mirada. Entro por la puerta especial reservada a nosotras, las *ladies*, y me sitúo, amparada por la sombra de una columna, en una mesita cuya ubicación oblicua me deja ver los movimientos de la dama en un espejo.

El *waiter* se me acerca. Justo a tiempo para pedir un chocolate batido y callar, antes de que Manuel, levemente impuntual, avance por el ancho camino de los caballeros y se siente frente a la mujer con una previa y adecuada inclinación de la cabeza. Sorbo, casi con alivio, el chocolate. No le ha besado la mano, ni siquiera se la ha estrechado. Ningún gesto delata intimidad.

Manuel llama al *waiter*. La dama pide un agua de Vichy. Mi marido, café y una copa de coñac. Manuel nunca bebe. ¿Necesitará algún suplemento de especial coraje para enfrentarse a los ojos pálidos de Judith M.? ¿Tendrá algún poder intimidatorio esta mujer quizá demasiado esbelta, de colores borrados y serenos?

Logro verla solamente de perfil, a través del reflejo. Una cabeza pequeña, algunos rizos de un rubio cobre que asoman bajo el sombrerito elegante, de matices lánguidos. El cuerpo tiene ya las formas algo lacias de todas las americanas que han pasado los veinticinco años y han perdido con ellos la morbidez y la delicada curvatura de los contornos. No obstante, es hermosa. Me duele su belleza, me duele que no abuse de los encajes ni de las joyas, como suelen hacer muchas de sus compatriotas. Envidio su traje bien cortado, de

un lila suavísimo (¿un alivio de luto, o simple preferencia?), los guantes de seda blanca, los mínimos pendientes de perlas –dos capullos colgantes– que acompañan cada giro de la cabeza. Por un momento deseo ser ella, pero de inmediato vuelvo a mí misma y me apruebo: mujer de formas plenas, como mi madre, opacaría sin duda a mi rival dentro de un traje de baile: gris plateado o verde esmeralda –mis colores– que iluminarían la piel rotunda y blanca, los ojos de oscura aguamarina, y los tirabuzones francamente castaños.

Comienza una conversación en tonos menores, apagados, pero claros. Hablan, por supuesto, en inglés, y la voz más nítida es la de mi marido, salpicada de vocales abiertas y de haches que viran hacia la jota. Me llegan fragmentos que trato de suturar, palabras sueltas: *investments, educational planning, abolitionists*. ¿Una discusión política, en lugar de una cita galante? *You know, it's also about women's rights...* apunta Judith M. *I shall tell my wife; she may be interested*, responde Manuel. Ella ríe con una carcajada pequeña y seca, como si descreyera. ¿De qué? ¿De la veracidad de Manuel? ¿O de la capacidad de una mujer (una esposa) criolla para interesarse en los derechos de su género? *You should meet Mr. Sarmiento*, continúa mi marido. ¿Sarmiento será mejor interlocutor que yo para esos temas?

He terminado el chocolate y finjo absorberme en un libro de poemas –Wordsworth– que traigo en mi bolso de mano. «Poesía, emoción recordada en la tranquilidad». De cualquier modo, yo estoy muy lejos de la tranquilidad aún... La emoción no se desplaza hacia el pasado, permanece candente y necesaria, ocupando todos los espacios.

«Naturalmente, nosotros no aprobamos la esclavitud» –tercia mi marido–. «Pero si no la aprueban, en cambio no parece molestarles la limitación de los derechos femeninos. ¿Y no es ésa también una clase de servidumbre?» –insiste ella–.

Manuel tose, incómodo. Una forma –todavía cortés– de indicar su disenso y quizá su desconcierto, ante tópicos tan inoportunos y sorprendentes. O acaso está simplemente decepcionado porque esperaba de su dama muy otros intereses. Se rehace, con todo, y me parece oírlo contraatacar con sus habituales y prolijos discursos: nadie duda de la igualdad ante Dios de varón y hembra, tan valiosos el uno como la otra. Pero en la sociedad ambos tienen sus ámbitos propios. Sin duda las mujeres brillan más y mejor en el seno del hogar, instruyendo a sus hijos y elevando la moral doméstica. Nadie les prohíbe que se eduquen –todo lo contrario–, ni que practiquen las artes con las que podrán embellecer la vida social. «*But I'm talking about political rights* –se trata de derechos políticos, Mr. García– *We women are also citizens. Free citizens* –somos, debemos ser, ciudadanos libres–» «¿Y quién les niega su libertado su opinión?» –responde él – «En un matrimonio avenido también el voto se discute, como tantas otras cosas, y el marido bien puede representar a su mujer cuando ejerce su derecho de sufragio.» «¿Y si no están de acuerdo? Usted es

un individuo y su esposa otro» —precisa ella—. «Pues si ni siquiera marido y mujer logran concordar, poco puede esperarse de una comunidad semejante» —está diciendo Manuel García—.

«Oh, no somos bárbaros —continúa él, de pronto—. Usted tendría que conocer a mi esposa. Es una mujer de letras, una escritora distinguida, y una intérprete musical destacada, también. No por eso se ha vuelto una agitadora en favor del derecho femenino al sufragio.»

«Claro que me agradaría conocer a su esposa —retruca Judith M.— siempre que no la tenga usted guardada en el armario». «De ninguna manera» —la corta Manuel, helado— «algunas veces la coloco encima del piano para que la admiren las visitas». Desde el espejo veo a Judith M. sonreír lentamente. «Bueno, avíseme entonces uno de esos días. Iré a presentarle mis respetos». Judith tiende a Manuel García la mano enguantada. Mi marido se pone de pie, casi cuadrándose, y estrecha fríamente la punta de los dedos de seda. «¿Debo informar algo a mis superiores?» «Sí, por favor. La donación para escuelas quedará, por el momento, sin efecto. Quisiera que antes nos conociéramos... un poco más».

Manuel García ha enrojecido con violencia.

«Le haré llegar noticias, señora», contesta. Y sale, a paso redoblado, hacia la puerta central. En su ofuscación ha olvidado pagar la cuenta.

Vuelve sobre sí, pero ya es tarde. Judith M. ha llamado al *waiter*.

—«Déjeme el placer de invitarlo —se adelanta—. Algunas veces también me gusta pagarles a los hombres. Por lo menos un café y un coñac».

Manuel se retira sin una palabra, inclinando apenas la cabeza.

Judith enciende un cigarrillo cuyo perfume se va infiltrando, como ella misma, por todo el salón. Es evidente que le agrada provocar. ¿A todos, o sólo a varones tan circunspectos como el mío? Sin embargo, no se ha atrevido a fumar delante de él. O tal vez no ha encontrado el gesto lo suficientemente desafiante. ¿Qué novedad o escándalo podría ser para Manuel —pensará ella— si aquí nos pintan a todas las señoras criollas con el cigarro en la boca?

Pretendo volver a Wordsworth. Hay que hacer tiempo, dejar que él llegue a la Legación antes de aventurarme por las calles. *All things that love the sun are out of doors; / the sky rejoices in the morning's birth*. Todas las cosas que aman el sol están puertas afuera, el sol se regocija en el nacimiento de la mañana. *Resolution and Independence*, se llama el poema.

No necesito leerlo para soñar la independencia de las criaturas que aman el sol. Ráfagas de viento pampeano levantan los mantelitos de lino blanco ribeteados de encajes holandeses, amenazan la mansedumbre de estos helechos transplantados, precarios. El viento soy yo. Voy en un caballo de pequeña alzada —un petiso— intentando alcanzar la forma femenina, blanca y roja, del huracán: mi prima doña Manuelita, la Niña⁹, que monta a lo hombre —tiene un pantalón bajo las faldas— y galopa hacia la frontera donde el horizonte es

9 Manuelita, hija del dictador Rosas, era también llamada «la Niña».

una inmensa mirada impronunciada. Más allá se multiplican, como señales o advertencias, los toldos de cuero manchados de sangre y humo, y resplandecen bajo la luna los grandes salitrales incrustados en el corazón del llano.

Pero al dar vuelta la cara no encuentro esos brillos sino unos ojos líquidos y traslúcidos, penetrantes, empero, en su extraña fluidez.

—Disculpe usted. Creo que se le ha caído este libro.

Judith M., en persona, me está mostrando las tapas verde y oro de *Poems of William Wordsworth*.

La observo, manchada por las motas del tul espeso que no he querido levantar ni siquiera al partir Manuel. Al menos en esto llevo alguna ventaja: miro sin ser mirada. Mis ojos son apenas un reflejo sinuoso que se posa sobre las manos de Judith M. y sube hasta el cuello fino y frío y sigue el movimiento rápido de sus pupilas. Me cuesta recobrar el habla, articular palabras coherentes.

—Es mío, sí. Muchas gracias

Judith M. vacila un instante, como indecisa. No la invito a sentarse —¿es eso lo que espera?—; estoy perdiendo acaso, increíblemente, una extraordinaria oportunidad de intimar, de conocerla. Ya es tarde. Se ha dado vuelta con un amplio giro de faldas. Suspiro y llamo al *waiter* que no parece muy desconcertado ante dos mujeres solas que pagan sus cuentas.

Me levanto despacio y la estudio con el raballo del ojo. Ha volcado la cabeza hacia el amplio ventanal que comunica con un jardín interno. En su centro hay una fuente pequeña. Al trasponer la puerta sólo escucho ese murmullo casi secreto y el de los bajos de mi vestido que rozan el suelo.

III

—MOLINA TE ESTARÁ ESPERANDO EN LA ESTACIÓN DE FILADELFIA —dice Manuel.

Termino de atar las cintas de mi sombrero frente al espejo y le sonrío. Tengo el buen humor transitorio que da la certidumbre de la belleza.

Mi marido me ofrece el brazo y me ayuda a subir al coche. La *nurse* viene detrás, trayendo a Eda y Manuel José. Partimos, con un chasquido y un grito, hacia la estación de ferrocarril. Manuel se empeña en acompañarnos hasta abordar el tren. Es mucha deferencia que falte por nosotros a sus tareas habituales, cuando hasta con fiebre se ha obstinado siempre en cumplirlas escrupulosamente.

Abandono, sin otra pena que su ausencia, la ciudad barroca y ministerial cuyo único lujo es el Capitolio de mármol blanco que parece despreciarla, puesto que no la mira. El corazón del poder ha quedado involuntariamente de espaldas a las casas de los ciudadanos que lo sostienen.

Llegamos por fin, entre bocinas, y la vocinglería de los changarines y de los vendedores de dulces.

Manuel no condesciende a la compra de golosinas, pero levanta a los niños y los abraza antes de depositarlos en el *car* junto con la doncella. Aprovechamos un momento de distracción para besarnos, entre ajenos e indiferentes, casi como si estuviéramos solos en uno de los cuartos de la casa.

—Los extrañaré. Te extrañaré, sobre todo —susurra.

—También yo. No había necesidad de que me fuera.

—Claro que sí. Ya me lo agradecerás. Si me es posible me reuniré contigo antes de que termine el viaje.

No será posible, mucho me temo. Manuel es demasiado eficaz, siempre

se lo necesita para todo. Judith M. se cruza de pronto por mis ojos como una ráfaga brillante y fría. ¿Será capaz de ir a buscarlo para destejer la tela de la burocracia administrativa y las convenciones de un caballero criollo con un golpe neto y agudo de su sombrilla y acaso también de su sonrisa?

Empujo el miedo ingrato hacia donde ya no puedo verlo, y acaricio, con la mano enguantada, la barba de Manuel. Suena la campanilla. El guarda, los niños, la *nurse*, gritan a un tiempo. Mi marido me toma por la cintura y me sube a la escalerita del vagón.

—Por mi culpa vas a perder el tren. Manda un cable cuando llegues.

Nos acomodamos en los asientos rojos, afelpados. Mis hijos miran hacia afuera, se despiden —una vez más— de su padre, se vuelcan hacia un paisaje que retrocede a fantástica velocidad. Cuando oscurece, nos acompaña una luz de opalina y las maderas y el terciopelo encarnado nos rodean como si estuviéramos en el corazón de una nuez, seco y resplandeciente. Acaricio la tela cálida, tan suave al tacto como los sillones de Manuelita, la Niña, que nos recibe en un salón pequeño donde el fuego de una salamandra¹⁰ siempre encendida reverbera sobre el punzó¹¹ y el oro de los marcos antiguos.

Un golpe de tabaco virginiano atraviesa la puerta del coche y se instala frente a mí recuerdo. Cuando abro los ojos ya no encuentro a la *nurse* ni a mis hijos. Inquietos, habrán ido a tomar el agua fresca que se sirve, abundante, en todos los vagones, o a buscar nuevos ángulos de las ciudades en fuga desde ventanas distintas. Ante mí hay, en cambio, un *gentleman* alto y moreno. Casi demasiado moreno para tratarse de un *yankee*, y demasiado elegante, sin duda alguna. Es imposible ignorar la llamativa perfección de los zapatos charolados, los guantes de cabritilla, el pantalón a rayas finas, de un corte que no puede ser sino inglés, y el increíble chaleco de inmaculada seda bordado con flores mínimas color de rosa. El hombre todavía joven que ahora se quita el sombrero y se inclina cuando me ve, viste con el esplendor casi desmedido, dispendioso, que la cultura tolera en las damas pero admite con reticencia en los varones.

—¿Permite usted, *Madame*? —me dice, señalando el asiento de enfrente.

Concedo con un gesto. Se parece —tanto por su manera de vestir, como por su porte y estatura— a alguien familiar y querido: mi hermano Lucio. El caballero se acomoda. Estira con un cuidado moroso, como para no molestar, unas piernas largas y bien planchadas. Pero a poco hace un ademán inquietante. Parece buscar algo en el bolsillo donde guardan sus cigarros los fumadores. No puedo evitar el sobresalto.

—¿Ocurre algo malo, señora?

—No. Quiero decir... francamente sí. ¿Es que acaso piensa fumar?

—Tranquílese, no tengo esas intenciones. Acabo de dejar el *smoking car*. Pero aunque las tuviese, me bastaría que a usted le incomodara para desistir.

—Le agradezco. Disculpe si he sido algo brusca. Es que no lo he pasado muy bien en otro viaje.

10 Estufa, artefacto de combustión lenta que utiliza generalmente carbón o leña; se usa para calentar la habitación.

11 Color rojo vivo. La «Divisa punzó» era la insignia de los Federales.

El recuerdo de mi trayecto de llegada, desde Nueva York a Washington, todavía me ahoga en nubes malsanas de tabaco negro.

—¿A causa de fumadores desconsiderados?

—Pues sí. Un grupo de oficiales ocupó mi coche, y uno de ellos me pidió permiso para fumar. Se lo di como una incauta, y al rato estaban todos con sus cigarros. Tuve que levantarme y salir para poder respirar. ¿Y quiere usted creer? Cuando dejé el vagón, los groseros se reían a mis espaldas.

—¿Eran oficiales de la Unión¹²?

—Sí, claro.

—No me extraña. Las damas del Sur suponen que en todas partes serán tratadas como corresponde. Pero se llevan sorpresas desagradables en cuanto pisan estas tierras.

—Creo que me ha confundido. Sí soy una señora del Sur, aunque de un Sur mucho más lejano.

—¿Las tierras del Polo? Por su color podría ser usted una dama de nieve.

—Dado el lugar de donde vengo, sería más bien una dama de plata. ¿Conoce el Río de la Plata? ¿La Argentina? Le aclaro que no es Brasil. No tiene nada que ver con Río de Janeiro, nunca tuvimos emperador, y las señoras de Buenos Aires no fuman cigarros.

—Pero toman un té que llaman «yerba mate» en unas coquetas calabacitas, a veces hasta adornadas con metales preciosos.

—¿Cómo lo sabe? Usted es el primer *yankee* que...

—¡Señora! No puede haberme tomado por un *yankee*. ¿Es que tengo modales tan burdos? ¿Me visto con tan poca imaginación y descuido?

—No sea injusto. Es cierto que a los *yankees* no los distingue su gusto refinado en materia de ropas. Pero salvo por los oficiales fumadores, encuentro sus modales con las señoras por completo aceptables.

—Se contentará usted con poco. O acaso prefiere ser más indulgente fuera de su patria.

—Y ahora dígame, ¿cómo sabe lo del mate y las calabacitas?

—Antes dígame usted, ¿por qué me llamó *yankee*?

—En realidad debí decir *american*. Pero no quise. ¿Por qué han de titularse los habitantes de este país como *americans* con exclusividad, como si todos los demás no tuviéramos derecho a llamarnos americanos? ¿O se creen que Vespucio¹³ diseñó nuestro mapa únicamente para ellos?

—Estoy de acuerdo. Pero no hable de «este país» como si nos incluyese. Son dos países. Norte y Sur. La Unión y la Confederación. Y muy pronto estarán en guerra.

—¿De veras?

—Sí, por desgracia para mis compatriotas.

12 En la guerra civil de los Estados Unidos (1861-65) se enfrentaron la Unión, conocida como los Estados Unidos de América, y la Confederación de los estados sureños que se separaron de ella..

13 Américo Vespucio (Florencia, 1454-Sevilla, 1512). Navegante español, nacido en Italia, que exploró parte del litoral atlántico de América del Sur, y expuso la idea de que esas tierras pertenecían a un nuevo continente, no a Asia como había creído Colón. Por ello se les dio el nombre de América (en femenino, como los otros continentes: Europa, África y Asia).

—No les tiene mucha fe.

—¿Cómo habría de tenerla? Son caballeros rurales, que no conocen la industria ni el trabajo, gastan su dinero en las mesas de juego y los caballos de raza y todo lo que saben de la guerra es manejar con gracia la espada y las pistolas.

—Es algo.

—Es poco. La guerra no se hace con pistolas enchapadas en plata, ni con caballos árabes, ni con declaraciones patrióticas. Se hace con fábricas y con cañones, con barcos y con astilleros, con municiones y con ejércitos organizados.

He visto soldados *yankees* en la última revista de tropas en Washington, vestidos con uniformes caprichosos, a veces sin uniforme, incluso.

—¿Le parece que la Unión tiene ejércitos organizados? Ni siquiera se presentan con armas o con ropas decentes. Si se los compara con los franceses...

—Si no hay ejército lo habrá, señora. A cualquier precio. Pagarán mercenarios, no han de reparar en gastos. Para eso está el oro que les da su trabajo. Y en cuanto a las ropas, despreocúpese. De poco vale la parafernalia francesa. Una batalla no es un desfile de modelos.

—Pero un viaje en tren puede serlo, ¿verdad? —añado, mirándolo fijamente—. No me parece usted el más indicado para criticar la debilidad de los galos por la indumentaria.

—Si no los critico. Simplemente señalo que todo es cuestión de oportunidad y de ambiente. De nada vale ir a la guerra acicalado como el hermoso Brummel¹⁴. En cambio en un tren quizá conquiste uno el aprecio de alguna dama de buen gusto.

Dejo pasar la peligrosa indirecta.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta..

—¿Lo dice por lo del mate y las calabacitas? Es que he hecho muchas cosas en mi vida y he visitado territorios que no frecuentan por cierto mis conciudadanos: desde las minas de oro de California hasta Cuba y la América del Sur. Sé lo que es la guerra de montoneras, he visto enlazar avestruces con bolas redondas de piedra, y también he tomado esa infusión espumosa que ustedes han copiado de los indios, en una calabaza con incrustaciones de alpaca.

—¿Cuándo? Me extraña no haberlo encontrado en los salones de Buenos Aires o en las fiestas de Palermo.

—Es que yo no podía estar en los agasajos de la autoridad y de la clase decente, mi señora. Era contrabandista. Conseguía telas francesas y zapatos para las damas durante el último bloqueo, y transporté también algo de contrabando humano a la otra orilla: enemigos políticos del señor Gobernador que buscaban el paraíso bajo los cielos de Montevideo.

—Pero dígame ¿a qué se dedica ahora?

—El demonio y la guerra mediante, siempre a lo mismo. Sólo que mis tareas hasta tomarán color patriótico.

14 George Bryan Brummel (Londres, 1778-Caen, Francia, 1840), conocido como el Hermoso Brummel, fue un árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia (1810-20). Promovió una moda de ropa masculina elegante, con cuello elaboradamente adornado, y se le atribuye haber introducido el traje moderno y la corbata.

—¿Cómo es eso?

—El Sur será lo suficientemente torpe como para provocar o declarar la guerra. Y el Norte responderá, implacable. Los ahogará por todas partes, los desabastecerá. Armará un verdadero cinturón flotante, no en vano tienen buenas naves, para cortar todo comercio y circulación de mercaderías. Y ahí entraré yo con mis barcos propios.

—¿Sus barcos?

—Claro. No he perdido el tiempo en mis andanzas por lugares imposibles, con su perdón.

—No lo perdono, pero siga.

—Tengo dos buques, soy un excelente piloto, y no me falta dinero. Y tendré más todavía cuando venda a los confederados mis cargas a precio de oro.

—¿Sería exacto si dijese que es usted un cínico sin vergüenza? ¿Así piensa luchar contra los patriotas del Norte? Buen favor les hace a los suyos.

—¿Quién habló de luchar? Me parece, *Madame*, que me he referido más bien a comerciar. ¿Y quién le ha dicho que los del Norte son patriotas? No son patriotas, señora. No al menos los que ocupan el Capitolio. Son políticos. Por lo demás, no cobraré nada que no merezca. ¿O piensa usted que jugarse el pellejo atravesando líneas de fuego no tiene un precio? Cuanto más si es por defender una mala causa.

—¿Pero no es usted sureño?

—Nacer en el Sur no significa ser irremediabilmente idiota, *Madame*. ¿Cuánto tiempo más podremos vivir gracias al trabajo de esclavos anfiados y embrutecidos, sin industria, en una falsa paz bucólica? El Sur es el pasado, no nos engañemos.

—Asiento a lo que dice de los esclavos. No hay patria ni economía que florezcan donde no existe tampoco pueblo verdadero. Pero, ¿y la cultura, y la elegancia, y la vida señorial? ¿No es el Sur todo eso?

—¿Eso le han contado, verdad? Pues también es la frivolidad, el prejuicio y la tontería. Y el tiempo inmóvil y la decadencia de lo que ya no cambia ni fluye. Y algún día será la locura y la muerte.

Mis hijos irrumpen en nuestro coche. Me besan con las caras pegajosas de dulce. Manuel José mira a mi interlocutor con desconfianza, y Eda con fascinada curiosidad, como si se tratase de un objeto raro, atractivo y enorme, difícil de abarcar o de manipular. Tiende finalmente los dedos hacia la cadena de oro que sostiene un reloj adornado con filigrana y tres rubíes pequeños. El caballero lo desprende, sonriente, y a pesar de mis protestas se lo ofrece para jugar.

—¿De modo que tenía niños? Son muy simpáticos, sobre todo la jovencita.

Y añade con un suspiro, para horror de Maggie, la niñera.

—Debo suponer entonces que, lamentablemente, también ha de tener usted marido.

—Si no hubiese afirmado conocer la imposible *South America* podría decirle que el verde oscuro es el color del luto en nuestra tierra. Pero en fin, mi marido vive, por fortuna, y no creo que se proponga dejarme viuda por el momento.

—¿Va a reunirse con él?

—No. Acabo de dejarlo en Washington.

—¿Cómo así?

—Vamos de viaje por varias ciudades. Mi esposo considera que no debo perderme la oportunidad de conocer este país antes de que nos toque irnos.

—¿No aceptará la compañía de un guía experto, su servidor?

—Le diré que usted no me inspira demasiada confianza. Temo que pueda meternos en uno de sus barcos y vendernos luego como esclavos a los turcos, con tal de hacer buenos negocios. Por lo demás, ya tenemos cicerone: el doctor Molina, decano de nuestro cuerpo diplomático, que nos dedicará sus vacaciones.

—Será un caballero anciano y venerable.

—Muy venerable.

—Me alegro por su marido. ¿Va hasta Nueva York?

—Bajamos antes, en Filadelfia. Iremos a Nueva York sólo después de unos días.

Los dedos largos, manicurados, extraen una oblea¹⁵ de un pulido tarjetero de plata.

—Pasaré al menos una quincena allí. Por negocios, claro, aunque no con los turcos. Le ruego que me busque y me pondré a sus órdenes y las del señor Molina cuando así gusten.

Leo distraídamente la inscripción dorada, que reza: *Captain Rhett Butler*¹⁶. El marino se pone de pie y otra vez me saluda, esta vez con una reverencia casi exagerada, para dirigirse al salón de fumadores.

De pronto, una aceleración de nubes, un nuevo brillo de la atmósfera me golpean los ojos: el reflejo vaporoso del río Susquehanna, espejándose en las ventanillas, dialogando con las más lejanas luces del cielo. El tren se dispara, bala desmesurada sobre el puente liviano como un trabajo de encaje, translúcido como una tela de araña. Temblamos, casi hundiéndonos en la corriente, mientras mis hijos dan gritos de espanto y gozo, y el vértigo de la distancia y de todo cruce me alejan de mí misma, me extrañan de mi propio pasado, de mi raíz borrada suspendida también sobre las aguas, como una flor del aire.

15 Hoja de papel muy fino, o trozo de la misma.

16 Personaje de la novela *Lo que el viento se llevó* (1936), de Margaret Mitchell. Aparece aquí con las mismas características de apariencia y de actitudes, y dedicado a los mismos negocios que el personaje de Mitchell.